OTLOH DE SAN EMMERAM (ATRIBUIDO)

Vida rítmica de san Wolfgang

Vita rhythmica S. Wolfkangi

SABBATISMUS

Otloh de San Emmeram (atribuido) (c. 1010–c. 1070)
Vita rhythmica S. Wolfkangi · Vida rítmica de san Wolfgang

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Historia rítmica

¡Jesús, médico de los cielos, / Rey que con tu palabra a los dolientes / les sanas las venas de los ojos! / Luz de la sabiduría,

concédeme que pueda alabarte / en tus santos con acierto, / y honrar siempre por ello / a la Madre de misericordia.

Para que mi corazón se ilumine, / concédeme que el santo sea alabado, / ensalzado con signos admirables / por los que brilla sin cesar.

Aunque de boca y labios manchado, / sea yo un hombre envuelto / en culpa, oh Obispo, te alabo seguro, / Wolfgang, con dulzura.

Bien nacido de uno y otro / padre fuiste, y a un maestro / también, cuando tenías siete años, / encomendado para las artes,

para que en el huerto de delicias, / entre las florecillas de las ciencias, / gustaras la fuente clara / de las aguas vivas.

Al punto las escuelas de los maestros, / a cuya corporación entera / toca las virtudes de las costumbres / dar a conocer, frecuentas.

De allí bebiste con tal avidez / que no solo supiste las artes: / comprendiste el espíritu / de la letra, como lo demuestras.

EXHORTACIÓN

¡Oh Obispo, ennoblecido por tu linaje, / y aún más glorificado / junto a Cristo! Despreciable / y mísero, yo te ruego

que te dignes a mi pobreza, / a mi baja condición / y a mi ceguera socorrer. / Así como puedes, hazlo.

Sé que quieres, pues te compadeces; / sé que puedes, pues Dios lo concede; / sé que sabes, pues Él te enseña: / lleva, pues, a término lo que se te ha dado.

Como antaño lo mostraste, / y lo muestras aún, lo llevaste a cabo / cuando socorriste a los enfermos / con los dones de Dios, oh celestial.

Padre grande en bondad, / a ti, Wolfgang, en la disciplina, / paciente como un cordero: / así te proclama tu vida.

Y que como anacoreta / viviste aquí, despreciada la pompa / del siglo, y como atleta de Cristo, / lo narra de ti lo escrito.

El cuidado, como pastor supremo, / en Ratisbona entonces, con tanta / sabiduría en esta vida, / de gobernar a las ovejas

asumes, aunque contra tu voluntad. / Te urgía tu morada anterior, / donde estabas resguardado / del estrépito de los hombres,

para que, solo, sirvieras al solo / Dios, que da los reinos del cielo, / y que por ti y por todos ser honrado / quiere Él mismo con empeño;

y así conservaras limpia / tu vida, y no la mancharas / con palabra alguna, sino que permanecieras firme / en el servicio de Dios.

Dejando la vanidad del mundo, / el lustre de tu linaje, / la dignidad de la prelatura, / puramente por el Señor,

bienes, dineros, honores, / posesiones de tierras / y vestidos espléndidos / tuviste por nada.

Por eso buscabas en secreto / el lugar donde un tiempo moraste, / y por don divino vivías / entre los montes de los Alpes.

En cuevecillas de las peñas / habitabas, en guaridas / de fieras; comes el fruto de las hierbas, / bebes el agua de las fuentes.

Durante cinco años fuiste / desterrado; allí anduviste errante / hasta que en las montañas hallaste / una morada.

Allí, dichoso, contemplas / y suplicas al Señor, / derramando lágrimas amargas, / por el pueblo de los fieles.

Allí recogiste piedras, / las cargaste sobre tu espalda / hasta formar un montón; quisiste / que se hiciera un oratorio.

Cuando las tocabas con las manos / y las descargabas de tu espalda, / hundías en ellas los dedos / como en barro blando.

Como la tierra cede bajo / tus pies, también la roca se derrite: / imprimiste en ella la imagen de tu pie, / como se ve hasta hoy.

Al fin, Padre, trabajaste, / acarreaste con tus manos, / y pronto ajustaste las piedras / para la obra futura,

que tú mismo comenzaste; / tú pusiste los cimientos / y fundaste una iglesia / en un paraje harto temible.

En ella, acabada la obra, / adornada en todo su contorno / y techada por completo, / alabas a Dios con humilde

voz, con oración, / con santa celebración, / con la devoción de la misa. / Firme en la ley del Señor,

meditas de día y de noche, / y contemplas las cosas de lo alto, / y en esa voluntad permaneces / del mismo modo.

EXHORTACIÓN

Dulce Padre, salvación de mi esperanza, / te ruego que en la ley de Dios / el sentido de mi entendimiento / reciba la luz

de la verdad y de la Sagrada / Escritura, la pura, como tú lo hiciste, / y que todo el afán de mis cuidados / tenga sabor de las cosas de Dios.

Pues como el árbol que, plantado / junto al río, dio fruto grato, / así tú diste fruto, nacido / aquí a su debido tiempo.

Ante Dios mereciste, / en esta vida que viviste, / por el poder de Jesucristo, / obrar signos admirables.

Innumerables cosas, que no podrían / escribirse, hizo allí Dios por ti / para su propia honra, / para llenar grandes volúmenes,

por las cuales la fe se fortalece, / el enfermo es curado, / y Dios es alabado en sus santos / dentro de la Iglesia.

Tú, varón de Dios, cuán bondadoso, / de cuánta santidad eras, / y de cuánta sagacidad, / nadie sabe contarlo.

De mucha benignidad, / de perfecta caridad / y de admirable humildad: / solo Dios lo puso en ti.

Siempre alegre, sereno, / y lleno de elocuencia, / y ajeno al odio / hacia todo el pueblo eras.

Nunca envidioso ni severo, / siempre veraz al enseñar, / de modo que todo el clero aprende / en el espejo de tu boca.

Tú, preclaro por la honestidad / de costumbres sin medida, / piadoso en tu afabilidad, / previsor en el consejo,

modelo, por tu trato, / eras para todos de vida buena, / al darte como ejemplo / en el Señor.

A mí, de tus siervos / en verdad el más pequeño, / de los dones que te fueron dados / ojalá quieras una parte,

pequeña, una de humildad / o bien de castidad, / obtener para mí: bien / contento estaría con la mínima

parte, para poder alabar / a Dios en ti como lo he conocido, / como lo he leído en lo escrito / y de boca de los hombres

lo he oído muchas veces. Por eso / quiero, Padre, divulgar / y narrar tus milagros / por amor del Señor.

¿Y quién puede juzgarlos / sino signos del Dios verdadero, / cuando el que ayer era ciego / mañana se inunda de luz?

Y quien estaba seco o manco / de la mano, y tullido, / por quien había gran llanto, / mañana por ti será sanado.

Y los que por fiebres cuartanas / eran atormentados, por tercianas, / agudas y cotidianas, / clamaron a voces

a ti, y con votos prometieron venir / a ti, peregrinar a pie, / fueron admirablemente / restablecidos al instante;

y a los que se arrastraban con las manos, / cojos de ambos / muslos, cuando te invocaban, / les devolviste el andar.

Poseídos por los demonios, / los vasos de los energúmenos / por tus prodigios / son devueltos a su antiguo juicio.

Libertador de cautivos / eras, y de los que llevaban grillos, / y también de los encadenados / en cepos y en torres;

de los corazones afligidos también / consolador, de los desdichados, / de los agobiados por la pobreza / que llamaban a tu puerta con súplicas.

No hay dolor corporal / del cuerpo, ni espiritual / del alma, ni semejante / a estos, que un hombre mortal

haya padecido y del que, con la venia de Dios, / clamando a ti con mente pura, / no recobrara al instante la salud, / por herido que estuviera.

E innumerables son los hechos / antes de la muerte y después. Tocados / por la fe, fueron alcanzados para el mundo. / Después de esto el Todopoderoso

te llama a que regreses, / y no te demores en el yermo, / sino que ejerzas el episcopado / en adelante, obediente.

Pronto en el camino enfermas; / en Pupping se te entrega a la muerte; / allí te quitan entonces las entrañas. / Y allí mismo permanecen.

Desde allí tus despojos son llevados / a Ratisbona, se disponen, / y allí son sepultados / como corresponde a un prelado.

Así descansas en el Señor / y resplandeces por los milagros; / y no te cansas cada día / de obrar signos todavía.

En Ratisbona no tantos, / ni donde están las santas entrañas, / obras signos, cuantos obras / en el lugar de la iglesia que levantaste.

EXHORTACIÓN

Ea, Padre y patrono, / buen hijo del Padre altísimo, / hazme partícipe de tu corona / junto con los demás

sacerdotes, alabando / a Dios y venerándote a ti; / aunque nademos en pecados, / seamos de la luz verdadera.

Da luz a los ojos de fuera; / luz, más aún, a los de dentro / concede a nuestros ojos, / por el Dador de todo.

Para que podamos contemplar / y mirar el verdadero Sol, / en quien está la luz, desde el mar / hasta el confín del sol.

Y si la luz del entendimiento / se oscurece y ennegrece, / y se nubla el sentido, crece / desde entonces la somnolencia,

con el letargo de la vanidad, / la pompa del mundo, la dulzura / de las alabanzas, el favor de los hombres: / nuestro despertador

sé tú; si así dormimos / en pecados, de los cuales el primero / soy yo, para que así no perezcamos, / despiértanos para nuestra salvación.

Para que podamos velar, / renunciar a las vanidades / en que vivimos por el mar / de este mundo sin cesar;

y al fin acercarnos a ti, / abrevar el rebaño de Cristo, / y estar siempre de su parte / desde aquí hasta el combate de la muerte.

Aquí no tememos amenaza alguna, / para unirnos a los santos del cielo / y ser colocados junto a ellos / para siempre. Amén.

Oración a san Wolfgang

¡Oh santísimo Wolfgang, precioso confesor de Cristo! ¡Oh preclaro pontífice! ¡Oh egregio obispo! ¡Oh luz resplandeciente de la Iglesia católica, iluminada de modo inextinguible por Dios, la luz verdadera! ¡Oh prudente dispensador de los tesoros celestiales! ¡Oh padre de los pobres! ¡Oh fiel consolador de los afligidos! ¡Oh glorioso restaurador de los pecadores! ¡Oh benigno oyente de quienes te invocan! A nuestras humildes e indignas súplicas, te lo rogamos, abre clemente los oídos de tu piedad. Y puesto que no es hermosa la alabanza en boca de los pecadores (Eclo 15,9), nosotros, que vivimos en pecado, envueltos en las muchas miserias de nuestras penas y fatigados en el destierro de este mundo, nos acogemos con confianza al glorioso refugio de tu benignidad, y te pedimos que en todas nuestras necesidades del cuerpo y del alma seas nuestro fiel abogado ante Dios Padre todopoderoso.

Porque tú has sido adornado por Dios con múltiple prerrogativa de méritos, y no tienes motivo para negarte, tú que, estando aún en la tierra, recibiste del Señor tan gran poder. Pues tú devolviste la vista a los ciegos, el andar a los cojos, el oído a los sordos; y no hubo nadie en peligro que, invocándote como piadoso patrono, no obtuviera pronto el consuelo de tu piedad. Y ahora, además,

unido a los coros de los ángeles en la corte celestial, contemplas gozoso el rostro de Dios, gozando no sin razón de la compañía de los apóstoles, de quienes fuiste solícito imitador; igualado dignamente a los méritos de los mártires, mereciste exultar con Cristo para siempre entre los santos confesores y pontífices y las santas vírgenes, resplandeciendo como astro luminoso.

Tú, pues, san Wolfgang, que mereciste oír de Dios palabra tan saludable: Bien, siervo bueno y fiel, entra en los gozos eternos (Mt 25,21), por aquel amor que tuviste a Dios mismo y por aquel gozo con que ahora exultas con Dios, te invocamos y humildemente te imploramos que te dignes presentar a Dios el gemido de nuestro corazón y orar fielmente por nosotros en todas nuestras necesidades del alma y del cuerpo. Así, el que se dignó decir: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9,13), por tu piadosa intercesión nos aparte misericordiosamente del error de nuestros pecados, nos conceda tiempo de verdadera y fructuosa penitencia y nos libre clemente de todo mal; para que así, en esta vida temporal, por tus gloriosos méritos, atravesemos el destierro de este mundo, de modo que, libres de las concupiscencias carnales, de los engaños del mundo y de las astucias de todos nuestros enemigos visibles e invisibles, y fortalecidos al término de nuestra vida con el viático saludable del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, con buena conciencia, fe recta, esperanza firme y caridad perfecta, terminemos nuestra vida con un fin dichoso; para que después de esta vida

temporal merezcamos llegar a la vida eterna y reinar dichosamente con Cristo por siempre, por don y ayuda de aquel que vive y reina eternamente por los siglos de los siglos. Amén.

ANTÍFONA

Bienaventurado pontífice, Padre y patrono nuestro Wolfgang, que seguiste al Señor y, dejándolo todo por Él, recibiste el ciento por uno en este mundo y la vida eterna: guardando con tu acostumbrada piedad el rebaño que presidiste, que cuidaste, que enseñaste, no permitas jamás que se vea privado de tu auxilio.

ORACIÓN

Dios todopoderoso y eterno, que diste a tu pueblo al bienaventurado Wolfgang, tu confesor y pontífice, como ministro de la salvación eterna, concédenos, te rogamos, que a quien tuvimos en la tierra como maestro de vida merezcamos tenerlo siempre como intercesor ante ti en los cielos. Por nuestro Señor...

SECRETA

Haz, Señor, te rogamos, que estas ofrendas que presentamos para ser consagradas a tu majestad, por intercesión del bienaventurado Wolfgang, tu confesor y pontífice, nos aprovechen para la salvación perpetua y presente. Por nuestro Señor...

COMUNIÓN

Habiendo recibido tus santos dones, te rogamos, Señor Dios nuestro, que nos sostenga la protección constante del bienaventurado Wolfgang, tu confesor y pontífice. Por nuestro Señor...

ALELUYA

V. Protege, buen pastor, san Wolfgang, nuestras almas a toda hora, y ruega al Señor por tu rebaño.

SECUENCIA

En honor de Wolfgang cantemos a Cristo una dulce melodía. / Digno de ser cantado, el obispo sube en este día de fiesta a los cielos.

Nacido en Suabia, despreció de niño las livianas cosas de este mundo. / Pronto, sobresaliendo en las artes, creció su fama en tierras lejanas.

Tras el gobierno de las escuelas, se le obliga a subir a la dignidad de deán. / Mas despreciando el siglo, se hace en el claustro espejo de la vida monástica.

Después siembra en vano en Panonia el anuncio de la fe. / El emperador hace al desterrado obispo de Ratisbona, sin que él lo busque.

Aquí corrige los errores, tiende la mano al caído; Dios lo guía y le da prosperidad. / Sustenta con pastos el rebaño de Cristo, sin altivez; resiste al enemigo, vigilando contra sus astucias.

Vencedor del fraude herético, predijo proféticamente muchas cosas de modo admirable. / Entregando su espíritu al cielo tras inmenso mérito, defienda a su rebaño ahora y por siempre.

Amén.